7579

LA NAVE SIN PILOTO

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

VALENCIA:
IMPRENTA DE JOSÉ RIUS.
1861.

4

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lanavesinpilotod2824laba

LA NAVE SIN PILOTO.

LA NAVE SIN PILOTO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JACINTO LABAILA.

Representado por primera vez en el teatro Principal de Valencia el 12 de Enero de 1861, á beneficio de Doña Francisca Rodriguez, primera característica de la compañía.

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

1861.

Esta obra es propiedad de su autor.

PRÓLOGO.

El dia 24 de Enero de 1806 se estrenó en el teatro de la Cruz de Madrid, la célebre comedia *El si de las niñas*, del inolvidable Moratin. La censura de la educacion viciosísima de la época, fue lo que su autor se propuso en la susodicha obra. En lo que consistia *criar bien á las niñas,* como se decia entonces, nos lo dirá el reformador de nuestro teatro por boca de D. Diego: «Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo." El objeto que eligió Moratin era digno de su censura severa; la idea además de ser dramática, era oportuna; pero desde la educacion de entonces á la educacion de ahora, media un abismo. Las sociedades, lo mismo que los individuos, de un estremo dan en otro, justificando el adagio *los estremos se tocan.* De la educacion opresora... casi feudal, hemos pasado á la educacion libre... casi anárquica; los mas sanos principios llevados á la exageracion son perjudiciales; si el uso de ellos produce el bien, el abuso produce el mal; por abusar de la libertad se cae en la licencia, por abusar de la religion, en el fanatismo. Queriendo corregir la educacion de ayer que hacia contraer matrimonios de real órden y llenaba los conventos de religiosas sin vocacion, hemos tratado en la educacion de hoy, que los hijos como séres racionales tuviesen libres la voluntad y el sentimiento, pero hemos corregido demasiado, y el remedio ha sido peor que la enfermedad. Ayer abusábamos de la educacion despótica, hoy abusamos de la educacion libre; al recogimiento casi monástico de entonces hemos sustituido la libertad casi anárquica de ahora; á la es-

669291

clavitud filial, el paternal abandono: desprendiéndose los padres de parte de sus obligaciones, han abdicado en los hijos parte de sus derechos: ayer los hijos se perdian por la dependencia estremada, hoy se estravian por la independencia escesiva: las semillas que plantamos unos y otros son diferentes, pero el fruto que recogemos tiene el mismo sabor amargo. Censurar la educacion de hoy es lo que me he propuesto en LA NAVE SIN PILOTO; me ha seducido lo social y lo oportuno de la idea, y si no he podido escribirla con el ingenio, me consuela haberla escrito con la moral. No he presentado una accion complicada, porque creo firmemente que la belleza no consiste en la complicacion sino en la sencillez, y en corroboracion de mi dictámen podria presentar muchos y muy notables egemplos. A amontonar incidentes inverosímiles. que son los escollos de las acciones complicadas, prefiero presentar una accion sencilla pero verdadera, y veria completamente satisfechos mis deseos, si en ésta se encontrase el mérito de la verdad, pues estoy de acuerdo con el Horacio francés.

Rien n'est beau que le vrai.

Á D. LUIS MARIANO DE LARRA

su apasionado y agradecido amigo

el Autor.

PERSONAS.	ACTORES.
Teresa.	Doña Matilde Bagá.
Pietro Salviati.	D. Fernando Ossorio.
Adrian Gutierrez.	Juan García.
Victor.	J. M. Olona.
D. Cárlos Gomez del Rio.	J. Corte.
El Conde del Salto. . . .	J. Izaguirre.
Blas.	J. García.

La accion se supone en Madrid, año 185...

Faltaria á un deber de mi conciencia si no confesase públicamente que los aplausos unánimes y continuados con los que el público ha saludado la aparicion de mi drama en el teatro, se deben en gran parte al interés y á los esfuerzos que los actores todos han puesto en el desempeño de sus respectivos papeles. Mi amigo el eminente actor D. Fernando Ossorio ha hecho en el *Salviati* cuanto yo he soñado, cuanto yo creo que se puede hacer; ha dado forma, si esta frase se me permite, á la atmósfera de moralidad y de idealismo que rodea al héroe de mi drama. La señorita Doña Matilde Bagá me ha demostrado en el papel de Teresa la ternura de que es capáz su corazon y la inteligencia de que es capáz su cabeza.—Por no citar á todos los actores que han desempeñado mi drama, porque de todos estoy satisfecho, suprimo sus nombres, pero reciban todos ellos este público testimonio de mi gratitud.

ACTO PRIMERO.

Salon amueblado con elegancia al gusto de la época en casa de D. Carlos.—Espejos, piano, reloj, chimenea, butacas, campanilla con cordon, etc. etc.—Puertas laterales y al foro.—Al levantarse el telon Teresa concluye de tocar bruscamente el piano. Blas sale á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, *despues* BLAS.

TERESA. Son las diez de la mañana... (Mirando al reló.)
Rita no trae el vestido...
Si hoy no queda concluido
perderá la parroquiana.
Conmigo ha de ser mas lista.
(Llamándole.)
¡Blas!—Son las diez y no obstante...
¡Blas! (Volviendo á llamar.)
BLAS. (Sale Blas.) Señorita...
TERESA. Al instante
á casa de la modista.
¿Sabes dónde es?
BLAS. Si, señora.
en la esquina... á la derecha...

es una moza mal hecha
pero traviesa, habladora.
una...

TERESA. Basta.—Le dirás
que espero que mi vestido
quede para hoy concluido:
si acaso está lo traerás.

BLAS. Está muy bien. (Hace que se va.)

TERESA. Oye; espera.
¿Está en su cuarto mi hermano? (Vuelve Blas.)

BLAS. No, señora.

TERESA. ¿Tan temprano
salió de casa?

BLAS. Está fuera,
pero... pero no ha marchado.
No está, y esto ha sucedido,
no porque hoy haya salido,
sino porque ayer no ha entrado.

TERESA. ¡Siempre el mismo!

BLAS. Está en la edad,
señorita.

TERESA. Siempre pasa
las noches fuera de casa,
vive en la intranquilidad...
su vida es poco apacible,
esto cualquiera lo ve...
si pudiera!... pero qué!!!...
mi hermano es incorregible.

BLAS. La vejez le hará enmendarse.
Ahora es jóven, señorita;
y el que es jóven necesita
divertirse.

TERESA. Y malgastarse!...
no es esto?... Van en aumento
las locuras de mi hermano,
reconvenirle es en vano,
y, Blas, lo siento... lo siento.
El con tanta libertad,
con medios de ser feliz
logrará hacerse infeliz
por su propia voluntad.

De sus dias en la flor
es viejo, no tiene fe
ni esperanza... nada cree...
se rie hasta del amor...
y va corriendo sin calma
tras un fantasma engañoso,
su cabeza sin reposo,
y sin reposo su alma.

BLAS. ¡Qué vida tan diferente
lleva el señor!

TERESA. Mi papá?...
Ah!... Sí!...

BLAS. D. Carlos está
ocupado eternamente.
Siempre alegre y sin querellas
él trabaja horas continas,
se acuesta con las gallinas
y se levanta con ellas.

TERESA. Y así cuenta muchos años
y muchas arrugas cuenta;
pero en su rostro no ostenta
ni vicios ni desengaños;
en su noble ancianidad
es simpático y es bello;
que sus canas son el sello,
no del vicio, de la edad.
Su trabajo y su honradez
su comercio han acrecido,
y es respetado y querido
en su tranquila vejez.
Por sus afanes prolijos,
por su trabajo perene
hoy opulencia ya tiene
buscada para sus hijos.
Sin contemplacion ninguna,
pues él en ello consiente,
mi hermano y yo locamente
derrochamos su fortuna.
Oro y libertad nos dá
nos cree felices así...
divertíos; dice... y...

no nos divertimos ya!

(Teresa inclina la cabeza quedando abstraida y melancólica.)

BLAS. (¡Valgame Dios! ¡se contrista!)

(Pausa.)

Señorita...

TERESA. Corre, Blas; (De repente y con tono brusco.)

á ver si ligero vas
á casa de la modista,
y me avisas al instante
que Víctor vuelva.

BLAS. En seguida.—
Pronto estará usted servida;
no vive de aquí distante...
vuelvo pronto.

TERESA. Blas, deseo
que la apremies.

BLAS. Bien está.—

(Vase Blas por la puerta del foro. Sale D. Carlos por la izquierda.)

Ya estoy de vuelta.

TERESA. (Viéndole venir.) ¡Papá!—
¡Gracias á Dios que te veo! (Saliendo á su encuentro.)

ESCENA II.

TERESA.—D. CARLOS.

D. CARL. Muy buenos dias, Teresa.

TERESA. Si no es por casualidad
no te se vé y en verdad
te aseguro que me pesa:
permíteme que te riña.

D. CARL. ¡Estoy tan atareado!

TERESA. Pues déjalo abandonado
todo.

D. CARL. ¡Eh, no seas niña!

TERESA. A tu edad y posicion

tal trabajo no conviene;
que trabaje el que no tiene
ó el rico con ambicion.
Tú, que fortuna has logrado
y puedes ya descansar,
debes la vejez pasar
libre de tanto cuidado.

D. CARL. El ócio me mataria,
¿Quien la costumbre contrajo
de dedicarse al trabajo
en el ócio viviria?
Imposible... y además
que te confiese es forzoso
que soy tambien... ambicioso,
y aun avariento quizás.
Porque os quiero con esceso
por eso ambicioso soy;
yo desvelándome estoy
por el amor que os profeso,
para que podais vivir
contentos y felizmente,
ricos ya desde el presente,
ricos en el porvenir.

TERESA. ¡Que lo eres diciendo estás!
del comercio te retiras...
Si eres ya rico á qué aspiras?

D. CARL. A qué aspiro? A serlo mas.
En este siglo de acero
los hombres son codiciosos,
imposible es ser dichosos
sin tener mucho dinero.
Todos de él vuelan en pos,
hoy por él todo zozobra...
hoy... hasta milagros obra...
hoy lo es todo... casi un Dios.
Con fortuna estraordinaria
rey es un hombre ordinario;
Víctor será millonario
y tú serás millonaria,
y mis trabajos penosos
bendecireis, muy contentos,

porque os harán opulentos,
y por lo tanto... dichosos
¿No es esto lo que yo quiero? (Con cariño.)

TERESA. Papá mio, ya lo sé... (Id.)

D. CARL. Venturosos os veré
Y ricos... así lo espero.
Si salgo bien de la empresa
que empecé con no contrarios
vientos, sereis millonarios,
y descansaré, Teresa.
La empresa á que me refiero
ha de realizar en Francia
un amigo de la infancia
que viene del estrangero.
Salviati.

TERESA. No se quien es.
No le conozco y me estraña...

D. CARL. Es que no ha estado en España
desde el año treinta y tres.

TERESA. Entonces...

D. CARL. Ya le verás;
Hoy acaso le has de ver.

TERESA. Hoy llega?

D. CARL. Pudiera ser:
presuncion mia es no mas.
A esta especulacion
y á otras me arrastró él:
siempre ha sido amigo fiel
y entero de corazon.—
Y Víctor?

TERESA. Salió.

D. CARL. Hace bien,
que use de la libertad
que con prodigalidad
le doy, como á ti tambien.—
Yo á mi modo os he educado,
porque en caso opuesto vime:
de la educacion que oprime
estoy muy escarmentado.
Mi madrastra me educó
en muy rígida estrechez

y el mundo en su candidez,
á mis ojos ocultó.
A su muerte, yo al entrar
del mundo en la gran Babel
nada conocia de él,
y erré... tenia que errar!
y hombre ya, no adolescente,
el que quiso me engañó;
pues con muchos años, yo
era un niño... un inocente.
Me ha servido de leccion
haberme esclavo criado,
y en vosotros he evitado
la opresora educacion.
Yo el mundo no conocí,
vosotros le conoceis;
desgraciados no sereis
como desgraciado fui.

TERESA. Papá... (Acariciándole.)

D. CARL. Hijos mios, gozad...
vivid como bien os cuadre,
ya sabeis que soy un padre
que os doy ámplia libertad.
Jamás he sido tirano,
di á la edad lo que se debe;
como á mí, no hay quien os lleve
siempre asidos de la mano.
Teneis caprichos... lo sé...
pues cumplidlos sin cesar;
como yo os vea gozar
mirándolo gozaré,
seré feliz cual los dos.—
Adios.—

TERESA. Te vas?

D. CARL. Cierto asunto
me llama... mas vuelvo al punto
que espero á Salvati.

TERESA. Adios!

ESCENA III.

TERESA, *despues* BLAS.

TERESA. Pobre papá!... él ha creido
que la opulencia es la dicha...
Funesto error!... la ventura
solo en el cariño estriva...
no en en mi cariño, porque éste
llueve sobre el alma mia
eterna desconfianza,
sobresaltos, penas íntimas...
mas penas que dan placer,
yugo que arrastar se ansia:
con amores como el mio
acaso el cielo castiga
á la que ama á quien no debe
y ciega su amor dedica.
Yo no debia querer...
(Sale Blas de prisa é interrumpe á Teresa.)

BLAS. Señorita... señorita...

TERESA. Quién me interrumpe!—Eres tú?...—
¿Qué te ha dicho la modista? (Variando de tono.)

BLAS. Me ha dicho cuatro palabras:
que no se dá mucha prisa
en concluir el vestido
porque usted no anda muy lista
en saldar cuentas con ella;
y que si usted no liquida
la cantidad que la adeuda...

TERESA. ¡Amenazas por tan mínima
cantidad!... pero es muy justo...
Bien; la pagaré en seguida.—
Y mi hermano?

BLAS. Aun no ha venido...
Quien está esperando arriba
es la peinadora

TERESA. Bien;
voy que puede tener prisa.—

D. Adrian ha venido?

BLAS. Hasta ahora no; señorita.

TERESA. Cuando venga que aquí espere.

BLAS. Muy bien. (Vase Teresa.)

ESCENA IV.

BLAS.—ADRIAN.

BLAS. ¡Jesus qué familia!
¡vaya un desórden de casa!
¡vaya un desórden de vida! (Sale Adrian.)

ADRIAN. Blas!...

BLAS. Señorito... (Otro apunte.)

ADRIAN. Donde está la señorita?

BLAS. Espérela usted; ya viene.

ADRIAN. ¡Qué no se dé mucha prisa!
(Adrian se sienta en una butaca junto á la chimenea.)
Puedes irte á tus quehaceres...
Me basta la compañía
(Adrian se sienta dando la espalda á la puerta del foro.)
de esta hermosa chimenea
que es una escelente amiga.

ESCENA V.

ADRIAN.

Pensar ahora mismo quiero,
si puedo, con seriedad:
quiero tener gravedad...
ya que no tenga dinero.
Para colmo de dolores
me trata muy mal la banca...
me encuentro sin una blanca...
no encuentro mas que acreedores.
He disipado mis rentas
y muy poco me han lucido...
he quedado reducido

á cero... vamos á cuentas.—
Víctor no puede prestarme...
¡Harto presta á sus pasiones!...
por estas y otras razones
me caso, debo casarme.
Teresa está enamorada
de mí... es cierto... evidente...
es rica... de consiguiente
casarme es mi *gran jugada.*
Vé mi talento profundo
que es, ser con ella casado,
un *elijan* acertado
en *la banca* de este mundo.
Yo soy un alma de chopo
ó ella se casa conmigo...
¡el matrimonio bendigo
que el matrimonio es mi *copo!*

ESCENA VI.

VICTOR.—ADRIAN.

(Víctor sale por la puerta del foro izquierda: lleva el cabello y el trage en completo desórden, toserá con frecuencia en esta como en las escenas sucesivas segun lo tenga por conveniente el actor encargado de este difícil papel. Se apróxima á Adrian, que no le ve hasta que lo indique el diálogo.)

VICTOR. ¡Hola! tu aquí tarambana! (A Adrian que se vuelve.)
dime, dí: ¿qué me ha pasado?
¿cómo es que yo he despertado
en tu cama esta mañana?
ADRIAN. ¡Víctor! ¡ja! ja!... (Riendo.)
VICTOR. Te confieso
que mucho me sorprendí...
¿cómo diablos yo allí
me acosté? ¿cómo fue eso?
ADRIAN. No lo recuerdas?
VICTOR. No; á fe.
ADRIAN. Anoche tanto bebiste
que los sentidos perdiste.

VICTOR. ¿Sin sentido me quedé?
ADRIAN. Sí; no quise que volvieras
á tu casa en tal estado
y en la mia te he acostado
para que el licor durmieras.
VICTOR. Sí; ¡eh?... bien hecho .. bien hecho!
Adrian, estoy muy rendido. (Se sienta y al sentarse se queja.)
¡Ay! ¡ay!
ADRIAN. Qué te ha sucedido?
(Al llevarse la mano al pecho nota vacío el bolsillo del chaleco y pregunta.)
VICTOR. Nada... que me duele el pecho.
Y mi reló?
ADRIAN. Y tu cabeza?
anoche...
VICTOR. Si... le perdí...
no recordaba.
ADRIAN. Yo sí;
el estúpido de Bleza
te lo ganó.
VICTOR. ¡Es insolente
la suerte suya!
ADRIAN. Es verdad.
VICTOR. Le adeudo una cantidad
crecida...
ADRIAN. Efectivamente.
Y es muy capáz de venir
cada instante á importunar...
VICTOR. Seguro... querrá cobrar
y no dejarme vivir.
Yo lo impediré al momento.
(Tira con fuerza del cordon de la campanilla que estará sobre la chimenea: al hacer este esfuerzo se resiente.— Vuelve á sentarse.)
ADRIAN. Qué estas haciendo?
VICTOR. He llamado.—
¡Ay!—Estoy descoyuntado...
En cuanto hago un movimiento... (Sale Blas.)
BLAS. Señorito...
VICTOR. Oyeme, Blas,
si Bleza viniera hoy

ó mañana, que no estoy,
que he salido le dirás.
Para él nunca estoy en casa.

BLAS. Está bien. (Vase Blas.)

ADRIAN. Bien ¡vive Dios!....
Gran discípulo!...

VICTOR. ¡Esta tós!...
La cabeza se me abrasa!...

ADRIAN. Son los efectos del vino.

VICTOR. O del amor!...

ADRIAN. ¡Del amor?
A la banca ó al licor?

VICTOR. A la muger.

ADRIAN. No adivino...

VICTOR. Rechazando á mas de cuatro
he sido yo el preferido,
y la virtud he vencido
de una Vénus... de teatro.
Tuve una próspera suerte...
suerte... está muy bien llamada;
que ella era considerada
casi... como muger-fuerte.
Mas ahora que somos ágiles
y oro y corrupcion gastamos
mugeres-fuertes no hallamos...
todas ya se han hecho frágiles.
Salvando alguna escepcion,
son todas las aceptables,
Aquiles invulnerables...
escepto por el talon.

ADRIAN. Tus argumentos son buenos
y tienes razon quizás:
pero di ¿valemos mas
los hombres?

VICTOR. Los hombres?... menos.
Tiende los ojos propicios
á toda la juventud;
y la verás sin virtud...
pero cargada de vicios.
Nosotros somos espejos
de la sociedad actual:

reflejamos cada cual
una juventud... de viejos.

ADRIAN. Qué filosófico estás!
¡El diablo predicador!...
Mira: vete al tocador
que una vision hecho vas.

VICTOR. Lo necesito á fe mia... (Mirándose en un espejo.)
y pues no hemos de enmendarnos
nunca... vamos á arreglarnos...
duerma la filosofía.
Vienes?...

ADRIAN. No; anda tú, anda.

(Víctor llega hasta la puerta del foro y retrocede para decir lo siguiente á Adrian.)

VICTOR. Cuando yo otra vez me apunte;
porque no me descoyunte
ténme una cama mas blanda. (Vase.)

ESCENA VII.

ADRIAN, *al instante* TERESA.

ADRIAN. Mas blanda... tiene razon,
mas blanda debe de ser;
en cama con un colchon
no nos podemos tender
con mucha satisfaccion. (Sale Teresa.)

TERESA. ¡Buena hora de venir!
¡Buena hora de llegar!

ADRIAN. Cansado estoy de esperar...
Tú á Blas hiciste decir
que aquí debia aguardar.

TERESA. Hoy *obediente* has venido.

ADRIAN. Siempre darte gusto quiero.

TERESA. Siempre dices! Embustero!...
¿Y anoche, di; dónde has ido?
Respóndeme: sé sincero.

ADRIAN. Anoche fui con tu hermano
al café.

TERESA. Justo!... al café! (Con ironía.)

¿Piensas engañarme?

ADRIAN. ¿Qué
dices?

TERESA. Lo piensas en vano.

ADRIAN. Es la verdad, créeme.

TERESA. Y despues?...

ADRIAN. Por compromiso
jugamos... pero muy poco;
porque entre hombres es preciso
á veces...

TERESA. Eso tampoco
es verdad, ni tiene viso
de ella: di que os entregais
noches enteras al juego
y en el juego os malgastais;
di que vivís sin sosiego;
porque el vicio idolatrais.

ADRIAN. A decirlo no me avengo,
no quiero engañoso serte,
¿vicios?... yo vicios no tengo;
si llamas vicio al quererte
entonces sí; lo sostengo.

TERESA. Sí!... yo te soy muy querida!... (Con ironía.)

ADRIAN. Sí, sí; me debes creer;
esta pasion es mi vida.

TERESA. Tiene el juego mas poder
que tu misma prometida!

ADRIAN. No es eso cierto...

TERESA. Sé yo
que quererte no debí,
que mi corazon erró
y aunque ésta dice que sí (Señalando su frente.)
éste me dice que no. (Señalando al corazon.)
Tu fuiste quien me enseñaste
á conocer la pasion,
con el amor tu llegaste
y todo mi corazon
con su luz iluminaste.
Yo quince abriles tenia,
y yo vegetaba en calma,
indiferente vivia,

hasta que abriste ese dia
el capullo de mi alma.
A nueva vida nací,
me cercaron cien amantes
y sus ruegos desoí;
hoy me cercan como antes,
los oigo cual los oí.
Cuando á mi lado los veo
yo pienso en ti!... me enamoran
y pienso en ti!... y yo leo
en ellos, que ellos ignoran
que solo tu amor deseo!

ADRIAN. ¿Mas juzgas, Teresa, acaso
que te amo débilmente?

TERESA. Tu amor es sol en ocaso.

ADRIAN. Mi amor es sol en oriente
en cuya lumbre me abraso.
Dudar de mi amor... ¿por qué,
por qué, Teresa, te plugo?

TERESA. Porque tú no tienes fe
en nada... y tu alma se ve
que es una planta sin jugo.
Porque iracundas pasiones
en flor, tal vez, la han secado:
ellas acaso han dejado
tu corazon en girones
para siempre destrozado.

ADRIAN. No, Teresa, te equivocas.
Si yo he vivido sin calma
con placer veces no pocas,
jamás arriesgué mi alma
contra esas pasiones locas.
Mi fastidio y mi despecho,
nada mas, á ellas cedí:
yo guardaba para ti
vírgen el alma en el pecho;
te ví, te amé, te la dí.
Mata este afan que me inquieta,
dá crédito á mi pasion.

TERESA. Con todo mi corazon. (Con arrebato.)

ADRIAN. (Maiquez es niño de teta

conmigo en comparacion.)
No tengo otro pensamiento...

TERESA. ¿Que quererme?

ADRIAN. Que quererte:
y estoy ansiando el momento
de unir tu suerte á mi suerte.
(Y en esto sí que no miento.)

TERESA. Y yo que no he conocido
otro amor; que es el primero,
el único que he sentido,
y en este solo te quiero
lo que en muchos tu has querido;
¡yo no debo desear
esa venturosa union,
y nuestras vidas juntar
y en dulce lazo estrechar
corazon con corazon!

ADRIAN. Sí, vida mia, lo creo...
este es nuestro sueño de oro,
mi deseo es tu deseo;
en nuestra armonía veo
que me quieres y te adoro.

ESCENA VIII.

Dichos, VICTOR (peinado y arreglado.)

VICTOR. ¡Milagro que os hallo juntos!

TERESA. Estraño que tú lo estrañes.

VICTOR. Comprended bien mi ironía:
pero no creais que trate
de interrumpiros.... seguid
la conversacion de antes.
Incomodar no es mi intento;
mi intencion es acercarme
á la chimenea.... tengo
mucho frio. (Se dirije á la chimenea.)

ADRIAN. No te apartes.

VICTOR. ¿No estais hablando en secreto?

TERESA. En secreto á voces.

VICTOR. Sabe
que si tú no tienes, yo
tengo un secreto.... importante. (Cómicamente.)
TERESA. Dilo, pues.
ADRIAN. ¿Qué es ello?
TERESA. Dilo.
VICTOR. Que hoy debe verificarse
en casa el conde del Salto
uno de los muchos bailes
con que todos los inviernos
sus bellos salones abre.
TERESA. Pues es un secreto.... público;
ya todo el mundo lo sabe.
ADRIAN. ¿Tú querrás ir? (A Teresa.)
TERESA. Por supuesto....
¿Cómo es posible que falte?
ADRIAN. Entonces hasta la noche.
Vendré por ti.
TERESA. Que no tardes.
ADRIAN. No; hasta luego.
TERESA. Adios.
VICTOR. Adios.
ADRIAN. (Ya soy su marido casi.)

ESCENA IX.

TERESA.—VICTOR.

VICTOR. Escúchame dos palabras,
Teresa, ¿podrás prestarme
una cantidad que urge
que tenga yo cuanto antes?
Estoy tronado!... tronado!...
de mis fondos mensuales
ya no me queda ni un céntimo
y debo un pico... algo grande.
TERESA. ¡Ay, Victor, si yo me encuentro
en un caso semejante!
No tengo un maravedí
y además le debo un trage

á la modista, y acaso
dos le deberé esta tarde:
yo te buscaba tambien
para que tú me prestases!...

VICTOR. Sí!... pues estamos lucidos!...
Los dos tronados; diantre!...
Pediremos á papá
y si quiere humanizarse,
que sí que querrá, saldremos
de este estado vergonzante.

TERESA. Y si nos pregunta en qué
gastamos nuestros caudales,
le diremos...

VICTOR. Le diremos
que tú en vestidos, yo en bailes...
en cualquiera cosa!

TERESA. ¡Victor,
Víctor, si tú no jugases!

VICTOR. ¡Teresa, si no vistieras
con ese fausto tan grande!

TERESA. Yo he de vestir como visten
las jóvenes de mi clase.

VICTOR. Yo he de tener las pasiones
de los hombres actuales.

TERESA. Por mi alcurnia gasto lujo.

VICTOR. Por ella debilidades
yo tengo.

TERESA. Di mejor, vicios.

VICTOR. Me importa poco la frase.
Nuestro papá es opulento...
no veo por qué privarse
de nada.

TERESA. No; no te prives;
que quizás mucho no tardes
en llorar tus estravíos
y con lágrimas de sangre!

VICTOR. Teresa, ya no soy niño;
reprensiones no me placen.
Con oro, con libertad
y con juventud, no hace
una vida de cartujo

quien no nació para fraile:
ni quiero que me reprendas,
ni que me reprenda nadie.
¿Alguna vez yo te he dicho,
por mas que me desagrade,
que ahogues tu amor sin límites,
si en él no quieres ahogarte,
ó que su cauce varíes,
ó que condenes su cauce?
¿Te reprendí alguna vez
porque tu amor dedicases
á quien del amor se burla
y no entiende sus afanes?

TERESA. ¡Hablas de Adrian!

VICTOR. De él hablo.

TERESA. ¡Que así de tu amigo hables!

VICTOR. Es mi amigo de aventuras
y le conozco bastante.
Yo quisiera para ti
un hombre que te adorase
con idólatra cariño,
que tu corazon de ángel
comprendiera, de los vicios
que jamás bebiera el cáliz,
que otra pasion no tuviera
que quererte, que adorarte.

TERESA. Así me quiere tu amigo.

VICTOR. ¡Pobre Teresa! ¡cuán fáciles
sois las mugeres en dar
crédito á amorosas frases!
La hipocresía del hombre
nunca apreciareis bastante;
el amor propio del sexo
siempre os la hará impenetrable.

TERESA. Bien, Victor; ya no soy niña;
reprensiones no me placen;
con entera libertad
y con juventud, no hace
una vida indiferente
la que es sensible y amante:
ni quiero que me reprendas,

ni que me reprenda nadie.
Adrian es mi sueño de oro,
y yo quiero realizarle.
(Pausa.)

VICTOR. Mirar en baja los fondos
teniendo necesidades
pone de un humor muy negro,
agría nuestros carácteres;
por encontrarnos sin blanca,
Teresa, reñimos casi.

TERESA. Sí... pero siempre te quiero,
aunque á veces te regañe.

VICTOR. Y yo tambien... nuestras riñas
todas del cariño nacen.

(Abrázanse Victor y Teresa; D. Carlos, que sale, los encuentra abrazados.)

ESCENA X.

Dichos.—D. CARLOS.

D. CARL. Hallaros así á los dos
en estremo me complace.

VICTOR. ¿De veras?...

TERESA. Sí; papá mio?

D. CARL. Sí, hijos, me es agradable
encontraros tan contentos,
tan cariñosos y amantes.

VICTOR. Contentos no... cariñosos.

D. CARL. Qué ¿no os divertís bastante?

VICTOR. ¿Crees, papá, que es posible
que pueda mucho gozarse
con los bolsillos vacíos,
llenos si acaso... de aire?

D. CARL. No, no; pero no comprendo...

TERESA. Comprenderás al instante.
Es... es que... Victor y yo
tenemos en ellos aire
y... nada mas.

D. CARL. ¿Y el dinero?

VICTOR. *C'est finit, mon pére...*
D. CARL. ¡Diantre!
El patrimonio de Roschild
de consumir sois capaces:
la juventud de la época
tiene muy anchas las fauces.—
¿En qué lo habeis invertido?
TERESA. Yo, papá, lo gasté en trages.
D. CARL. ¿Y tú, Victor?
VICTOR. Yo, papá...
en cafés, teatros, bailes....
D. CARL. ¡Pero, hijos, noventa duros
en diez dias!... no me sabe
mal que gasteis.... pero tanto!
VICTOR. (Y mas.... mi reloj de escape
de áncora....)
TERESA. Debo un vestido
tambien....
VICTOR. Y yo debo un trage
completo.... (¡maldita deuda!)
D. CARL. ¡Qué decis! que gasteis, pase; (Formalizándose.)
pero que debais no sufro,
es una cosa humillante.
Hoy pagareis.
VICTOR. Y.... el dinero?
D. CARL. Ahora os daré lo que os falte:
y que otra vez no os suceda. (Con gravedad.)
TERESA. Me enmendaré en adelante.
VICTOR. Y yo.
TERESA. ¿Y....tú nos perdonas?
(Acariciando á D. Carlos.)
VICTOR. Si, papá.... (id.)
D. CARL. Buenos truanes
sois.... vamos, venid conmigo;
luego á pagar al instante.
VICTOR. (Si me alcanza....)
TERESA. (Aunque quisiera....
dificulto que me alcance.)

ESCENA XI.

SALVIATI.—BLAS.

(Salen por la puerta del foro.)

BLAS. ¿A quién busca usted?
SALVIATI. Ahora
á ti.
BLAS. ¿A mí?
SALVIATI. No barruntas
por qué? lo sé—unas preguntas
quiero hacerte sin demora.
Quiero detalles saber,
que no es posible que ignores,
acerca de tus señores,
y me vas á responder.
BLAS. ¡Eh! poco á poco, señor;
yo soy un criado fiel
y no he hecho nunca el papel
de criado delator.
SALVIATI. Esto que ahora estás mirando,
(Saca un bolsillo y se lo enseña.)
si hablas es para ti;
si callas, me haces á mí
desventurado, callando.
BLAS. (Dinero!) Lo tomaré;
no cometeré el desliz
de hacer á usted infeliz.
SALVIATI. Pero hablarás?
BLAS. Hablaré.
SALVIATI. Es tuyo, pues: (Se lo dá.)
BLAS. (Cómo pesa!)
(Lo toma y se lo esconde.)
SALVIATI. ¿Estás mucho tiempo aquí
sirviendo á D. Carlos?
BLAS. Sí....
doce años.
SALVIATI. ¿Doce años?
BLAS. Esa

fecha hará.

SALVIATI. ¿Conocerías
entonces á Doña Estrella?

BLAS. Sí, señor, mucho.... y de ella
me acuerdo todos los dias.
Era un ángel la señora
de D. Cárlos!

SALVIATI. Ya murió!... (Con sentimiento.)
Sabes de qué?

BLAS. Que sé yo....
¡Si todo el mundo lo ignora!
Le entró una melancolía
muy profunda y muy constante,
empeoraba cada instante
y lentamente moria.

SALVIATI. ¿Cuándo de Italia volvió?

BLAS. Cuando ya de vuelta estaba:
y la pobre deliraba
y el delirio la mató.

SALVIATI. ¿Recuerdas tú qué decia
en su delirio?

BLAS. Muy poco;
no la entendia tampoco....

SALVIATI. Muy bajo deliraria?

BLAS. No, no; alto.... pero era
porque en otro idioma hablaba;
Doña Estrella deliraba
en una lengua estrangera.

SALVIATI. ¡Bien esa lengua penetro! (Ensimismado.)

BLAS. Creo que hablaba en inglés...
lo que yo recuerdo es
que decia ¡Pietro ¡Pietro!

SALVIATI. (¡Infeliz víctima!)
(Le cae una lágrima y se la enjuga.)

BLAS. (¡Llora!) (Al verlo.)

SALVIATI. (A mi edad!... tengamos calma.)
(Recobrando su valor.)
¿Sentiriais en el alma
la muerte de la señora?

BLAS. Ya usted ve; estaba en el órden
que lloráramos sin tasa...

desde entonces esta casa
está en completo desórden.

SALVIATI. ¡Está en desórden!—¡De modo (Asombrado.)
que sus hijos estarán
abandonados, serán
quizás!... cuéntamelo todo!
Di... ¡No hablas!

BLAS. Sí; señor.—
D. Carlos siempre ocupado
á sus hijos ha dejado
en la libertad mayor.
Jóvenes impetuosos
y de pasiones ardientes,
entrambos corren dementes
por senderos peligrosos;
y aunque su instinto es muy bueno
y recto su corazon,
corren á su perdicion,
que van corriendo sin freno,
sin freno los dos.

SALVIATI. ¡Qué dices!
¡Sin direccion han crecido!
¡van por camino torcido!
¡se pierden! ¡son infelices!

BLAS. D. Victor con compañías
detestables siempre va,
siempre en la crápula está;
las noches pasa en orgías.
Es eterno jugador;
tambien con esceso bebe...
hoy tiene trampas... hoy debe...
del señor Bleza es deudor!

SALVIATI. Y Teresa?

BLAS. Es desgraciada.
Sensible y sin esperiencia
se quedó en la adolescencia
sola, á sí misma entregada:
y los impulsos siguiendo
de su ardiente corazon
concebido ha una pasion
que va sin cesar creciendo.

SALVIATI. (¡Cual su madre!)
BLAS. Ha dedicado
su afecto tan cariñoso
á un hombre bajo, vicioso;
á un hombre que no es honrado.
Que la quiere, á fe de Blas,
por su pingüe patrimonio,
que si busca el matrimonio
es por la dote no mas.
D. Adrian, el amigo
de D. Victor...
SALVIATI. Basta ya, (Con dolor.)
que tanto infortunio va
quizás acabar conmigo.
¡Aunque el pecho me taladre,
yo quiero veros salvados...
sí; sí...! ¡hijos desgraciados (Arranque.)
de una desgraciada madre!
BLAS. (¡Estará loco este hombre?
Qué estremos!)
SALVIATI. Oyeme, Blas;
en seguida me dirás
de ese falso amigo el nombre.
BLAS. Adrian Gutierrez Gostén.
(Saca Salviati una cartera y lo apunta.)
SALVIATI. Lo voy á apuntar.
BLAS. (Escribe!)
SALVIATI. Dónde vive Bleza?
BLAS. Vive...
Barco, sesenta.
SALVIATI. Bien, bien. (Apuntándolo.)
Al señor has de ocultar
que conmigo hablaste hoy,
y que á sus hijos yo voy,
si me es posible, á salvar.
BLAS. (Demuestra vivo interés
por ellos.) Usted, señor
los quiere....
SALVIATI. Si no es amor...
humanidad esto es.
Que guardes silencio quiero,

silencio!

BLAS. Mudo seré.

SALVIATI. ¡Adios! Pronto volveré.—
(Vase Salviati por el foro.)

BLAS. ¿Quién será este caballero?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.—Aparece Blas tendido en una butaca junto á la chimenea y dormitando.—Amanece.

ESCENA PRIMERA.

Blas.

Alerta, Blas, que te duermes
y olvidas que estás de guardia!
Son las siete y no han venido...
(Mirando al reloj.)
¡Qué república de casa!—
Si alguna vez tengo hijos
sabré tenerlos á raya.—
(Al ver venir á D. Carlos.)
El señor... pronto cual siempre
hoy abandona la cama.

ESCENA II.

D. Carlos.—Blas.

D. Carl. Regresaron?
Blas. No, señor.
D. Carl. ¡Son las siete!
Blas. Pues aun bailan.
D. Carl. Es preciso transigir
con estas costumbres bárbaras.
Es moda vivir de noche
y dormir por la mañana....
¡Qué tiempos tan diferentes
de cuando yo *polleaba*,
como hoy se dice!... del baile
con sol volverán á casa;
pero si así se divierten
¡vaya con Dios!... yo entre sábanas
pasar la noche prefiero
á entre placeres pasarla:
duermo.... y puedo levantarme
en cuanto clarea el alba
y así ágil para el trabajo
mi cabeza no se cansa.
Blas. Es cierto, señor, es cierto....
pero ahora todo cámbia
y....
D. Carl. Voy á dar un paseo,
que pasear por la mañana
es higiénico y dá fuerzas
para trabajar.—Tú aguarda
á los bailarines... yo
tengo que ir á ver sin falta,
pero despues del paseo,
á Salviati... pues se trata
de saber el resultado
de una empresa-empresa magna—
que si sale como creo...
si mis indicios no fallan,
puede hacernos millonarios.

BLAS. ¡¡Millonarios!! (Admirado.)
D. CARL. Sí; sí.
BLAS. ¡Cáspita!—
¿Quién es el señor Salviati
que con tan grande eficacia
por ustedes se interesa?
D. CARL. Un amigo de la infancia
muy íntimo, que conmigo
vivió... en esta misma casa
hasta el dia que sus padres
le hicieron marchar á Italia.
No nos vimos desde entonces;
la carrera de las armas
él siguió y yo el comercio...
me casé y en una carta
de mi enlace improvisado
le dí cuenta detallada.
Continuamente escribiéndonos,
nuestra amistad continuaba
á despecho de la ausencia;
cuando la última semana
me escribió participándome
su venida... á su llegada
la alegría que he tenido
tu puedes imaginarla.
BLAS. Le ha visto usted?
D. CARL. Ya le he visto
despues de su vuelta varias
veces y luego le espero;
es el amigo de mi alma.—
Aguarda á mis hijos.
BLAS. Bien
está, señor. ¡Que usted salga
bien de su empresa!
D. CARL. Veremos...
sinó chasco me llevara.
Hasta luego. (Vase D. Carlos.)
BLAS. Se ausentó.—
Volvamos á la butaca.— (Se vuelve á sentar.)
¡Oh que hombres tan campechanos
eran los hombres de marras!

ESCENA III.

VICTOR.—BLAS.

(Victor entra por el foro y por la parte contraria de la que salió Don Carlos; y como recatándose de él. Blas no vé á Victor hasta que habla.)

VICTOR. ¿Blas, ha venido Salviati?
BLAS. No; señor ¡usted en casa!...
(Blas salta de la butaca.)
Por dónde entró usted?
VICTOR. Por dónde?
Por la puerta... por qué estrañas?
BLAS. Como sin llamar ha entrado...
VICTOR. Y ésta? (Sacando y enseñándole una llave que se supone ser la de la puerta de la calle.)
BLAS. Ah!... no recordaba.
VICTOR. Sabes que todas las noches
me la llevo y vuelvo á casa
cuando me ocurre.—Dí; Blas,
¡ha venido ya mi hermana?
BLAS. ¡Pues no estaba con usted
en el baile!
VICTOR. No.
BLAS. Pensaba
que con usted iba anoche...
VICTOR. Dónde?...
BLAS. A pasar la velada
en casa el conde del Salto.
VICTOR. No; ella fue con Doña Ana
y su esposo, yo no he estado
en el baile... á mí me cansan
los bailes, y de etiqueta
me aburren y me empalagan:
además que me une al conde
una afeccion muy simpática;
sé que él mira con cariño,
sé que le gusta mi hermana

y ella ciega por Adrian,
no le hace caso y me enfada
ver que con mi amigo el conde
esté Teresa tan agria.

BLAS. Señorito las mugeres
siempre han sido de una pasta,
el que menos las merece
es quien mas de ellas alcanza.—

VICTOR. Sabes que me duele el pecho,
que la cabeza me abrasa
y que tengo hoy una tos,
que me asesina, me mata?

BLAS. Créame usted, señorito, (Llaman dentro.)
de una vida relajada
no se adquiere nada bueno,
los jóvenes....

VICTOR. Mira: llaman.
Si es Salviati dile que entre
y aguarda fuera á mi hermana. (Vase Blás.)

ESCENA IV.

VICTOR, *despues* SALVIATI.

(Victor se sienta y va quedándose dormido poco á poco.)

VICTOR. ¡Ay! no me puedo tener!
¡Tantas noches sin dormir!
No me es posible vivir
así.... no, no puede ser.
En mí ya se debilita
mi pobre naturaleza....
jugar.... beber.... la belleza (Sale Salviati.)
perseguir.... ¡deuda maldita! (Queda dormido.)

SALVIATI. ¡Ahí está—senectud
(Contemplándolo con lástima.)
precóz sobre él ya gravita,
su juventud se marchita;
¡lástima de juventud!
Honrado le imaginé,

verle vicioso me espanta:
¡Es hijo de aquella santa
que con delirio adoré!
Qué dudo ya? mi mision
es ésta y cumplirla quiero....
Lo salvaré.... así lo espero
y es esta mi obligacion.
Él al abismo ha llegado;
en él no pondrá los pies.
¡Victor! eh, ¡Victor! (Despertándole.)

VICTOR. ¡Quién es! (Despertándose.)
¿Quién llama?

SALVIATI. Yo le he llamado.

VICTOR. Salviati....

SALVIATI. Me dá usté audiencia?

VICTOR. Con muchísimo placer.
(Victor ofrece silla á Salviati, se sientan los dos.)

SALVIATI. Bien; me siento.... que va á ser
muy larga la conferencia.—
Usted á Bleza debia
una cantidad?

VICTOR. Es cierto.
y que aun la debo le advierto.

SALVIATI. No es verdad eso á fe mia.

VICTOR. ¿Cómo?

SALVIATI. Yo soy su acreedor;
(Saca unos recibos.)
la deuda me ha traspasado
Bleza y aquí está firmado
(Enseña á Victor unos recibos que éste reconoce.)

VICTOR. Cierto.... de usted soy deudor.
(Se los devuelve.)

SALVIATI. No importa por qué motivos
está la deuda endosada....
usted no me debe nada
y yo rasgo los recibos. (Los rasga.)

VICTOR. Eso, Salviati, no es justo
soy deudor y pagaré.

SALVIATI. Yo no lo consentiré;
pues perdonar es mi gusto.

VICTOR. Eso la deuda no evita

y pagaré... sí señor;
no haga usted nunca un favor
al que no lo solicita:
porque si el favor percibe
aquel á quien no complace,
si engrandece al que lo hace
humilla al que lo recibe.

SALVIATI. Nunca yo de humillar trato
ni el que es honrado esto hace:
la juventud de ahora nace
con un orgullo insensato!—
Si no deber á usted pesa,
yo quiero tambien cobrar:
me tiene usted que pagar
oro no... una promesa.

VICTOR. ¿Una promesa he de hacer?

SALVIATI. Si usted quiere complacerme.

VICTOR. No puedo comprometerme....
no sé que he de prometer!...

SALVIATI. Escúcheme usted propicio.
Quiero que usted me prometa
dejar esa vida inquieta
y despedirse del vicio.

VICTOR. Salviati, no soy un niño: (Picado.)
y no sé con qué derecho
esa peticion me ha hecho.

SALVIATI. Con el que me dá el cariño.

VICTOR. ¡El cariño!

SALVIATI. (Alma no hables.)
Con el que dá la esperiencia
á una intachable existencia
y á unas canas venerables;
con el que en su caridad
dá la santa religion
al que tiene corazon
en toda la humanidad;
de dar la mano al caido,
de orientar al estraviado,
de corregir al que ha errado,
de encaminar al perdido.

VICTOR. Si alucinado quizás

vivo en pasiones violentas,
mi padre pedirme cuentas
puede,... pero nadie mas.

SALVIATI. Victor, muy mal, muy mal dices.
(Cámbio de tono.)
Tu padre no os ha educado, (Arranque.)
y tanto os ha abandonado
que sereis muy infelices.
En el cielo, desde aquí,
yo veo á tu santa madre (Como inspirado.)
que compadece á tu padre,
y se avergüenza de ti.

VICTOR. ¡Mi madre! (Grito.)

SALVIATI. Sí... fue modelo
de virtud y vivió en guerra:
no era su patria la tierra
por eso ha volado al cielo.

VICTOR. ¡Madre mia! (Como avergonzado de sí mismo.)

SALVIATI. Yo no sé
cómo á ti te ha concebido!
en la virtud ha creido,
tú en ella no tienes fe.
Vió muy claro... y tú te ofuscas;
tú no amas... y ella amó;
fue purísima... y tú no;
huyó el vicio... y tú le buscas.
Sacúdete ya la escoria
que deja el placer tras sí:
sé bueno, si no por ti
por no afrentar su memoria.
(Pausa.)

VICTOR. Si me hubiera dirigido

(Dice este parlamento pausadamente hasta que pierde las fuerzas y cae en una butaca acometido por un violento ataque de tos.)

desde que fui adolescente
una mano diligente,
yo no me hubiera perdido.
Salí solo de la infancia
—de esa tan cándida edad—
con oro, con libertad,

con juvenil arrogancia;
mi corazon impetuoso
necesitaba emociones,
necesitaba pasiones,
no nació para el reposo.
Tuve un amigo—que aun quiero—
que mi orgullo sublevó
y que al vicio me arrastró
con halago lisongero.
Yo jóven, adolescente,
no le pude resistir;
preciso fue sucumbir.
preciso... era inocente.
Con ese oropel hermoso
con que el vicio se engalana
me cegó... vida liviana
empecé ya... fui vicioso:
y en la pendiente del vicio
el pie una vez resbalando,
forzoso es caer rodando
al fondo del precipicio.
Caí con precipitacion...
En mi violenta caida
yo siento perder la vida
pulsacion por pulsacion...
Y ya no puedo enmendarme!
Toque usted mi mano ardiente,
(Coje la mano á Salviati y hace lo que indica el verso.)
febril... toque usted mi frente...
la vida va á abandonarme.
¡Ay de mí!
(Cae en la butaca anonadado.)

SALVIATI. Ea!... valor!...
Estás débil y abatido;
vivir como tú has vivido
gasta la salud mejor.
Si luchas, no serán vanos
(Victor hace un gesto de incredulidad.)
tus esfuerzos.—¡No te asombres!
Tener valor es de hombres
y confiar de cristianos.—

Tu madre, en el cielo un dia,
verá con gozo cumplido
que tú te has arrepentido...
y llorará de alegría.

VICTOR. Con júbilo me arrepiento
ya.

SALVIATI. De la inmunda cloaca
del placer solo se saca
dolor y remordimiento.
Tú, ya estás desengañado:
que brille en tu juventud
la humildad de la virtud,
no el orgullo del pecado:
y á fondo conocerás,
pues tus instintos son buenos—
que ser bueno cuesta menos,
que ser malo cuesta mas;
que no es bastante á llenar
del corazon el vacío,
el goce torpe y sombrío,
que no lo logra cegar;
que es precisa una pasion
noble, que llene este hueco,
(Llevándose la mano al corazon.)
pasion que suene cual eco
de inmaculada region;
la pasion de mas dulzura
que hasta la tierra ha bajado,
cadena que ha eslabonado
al creador la criatura,
amor en fin, el amor!...
la dicha de la existencia,
¡el amor! reminiscencia
de otro mundo superior;
con él todo está de más;
sin él todo, todo falta;
pasion purísima y alta...
ama y te arrepentirás.

VICTOR. Yo ya estoy arrepentido.
Jamás yo fuera vicioso...
yo viviria dichoso

si me hubieran dirigido.
No viviera con afan
con padre con mas cuidado,
el mio me ha abandonado
y me ha perdido Adrian:
el falso amigo que quiere
ser esposo de Teresa.

SALVIATI. No será...—La boda esa
impediré si pudiere.

VICTOR. Sí; sí... que si no mi hermana
desventurada será!

SALVIATI. Ella le despreciará
muy pronto... quizás mañana.
Sí, Victor, yo la hablaré.

VICTOR. A ver si á Adrian olvida
y yo cambiaré de vida,
si puedo... pero podré!
A una firme obstinacion
ningun obstáculo arredra:
para el vicio seré piedra,
le veré sin tentacion.
Y mi madre, desde allí,
verá que renuncio al goce;
y yo haré que se alboroze
y no se afrente de mi!

SALVIATI. Teresa viene... con ella
(Rápido hasta el final de la escena.)
déjame.

VICTOR. Voy á encontrarla
y...

SALVIATI. Dile que quiero hablarla
y ¡ojalá que le hagan mella
mis frases!

VICTOR. ¡Sálvela usté,
como á mí!

SALVIATI. Sí; de eso trato;
voy á ver si su amor mato.

VICTOR. Sí; sí... Yo lo escucharé.

ESCENA V.

SALVIATI.

Como pueda resistir
á las seducciones gratas
del placer.., ya está salvado:
el que resiste se salva.
Si yo años antes hubiese
podido venir á España,
hubiera yo dirigido
de tiernas esas dos plantas,
y no creciendo torcidas
no habría que enderezarlas.
Bien dirigida Teresa
á Adrian ella no amara:
cuando nacen las pasiones
con facilidad se matan,
que nacen como caprichos,
y los caprichos no arraigan;
mas si crecer se las deja
y en el corazon se ensanchan,
toman ya tanto incremento
que absorben toda su savia
y ya arrancarse no pueden
si el corazon no se arranca.
Hacer que Teresa olvide
es una empresa mas árdua...

ESCENA VI.

SALVIATI. — TERESA.

(Teresa dice con gozo y con rapidéz los versos primeros de la escena.)

TERESA. Con Victor vengo de hablar
y alegre me ha confesado
que olvidará su pasado,
que va de vida á mudar,

que es usted su salvador;
yo le escuché complacida
y me he venido en seguida
con el júbilo mayor
á dar las gracias á usté:
yo no sé con qué derecho
usted otro hombre lo ha hecho;
pero agradecerlo sé.

SALVIATI. Vas á saberlo al momento.—
Oye y guarda en tu memoria
estas frases... son mi historia
que por primera vez cuento.—
Era la edad venturosa
de mi Abril, el alma mia
á la juventud se abria
como al sol se abre la rosa.
Jóven, feliz, sonriente
como muy nativo suelo,
tranquilo como su cielo,
como su Vesubio ardiente;
nacido en pobre fortuna
teniendo mi espada sola;
conocí yo á una española,
hermosa como ninguna.
Vino con su padre allí
gallarda, hermosa y doncella
esa inolvidable Estrella...

TERESA. ¿Mi madre!

SALVIATI. Tu madre; sí.
Nos conocimos los dos,
de entonces... ¡ni aun hoy lo olvido!
un amor en dos partido
puso en nuestras almas Dios.
Ella rica, yo soldado
sentimos igual amor:
ese gran nivelador
nos habia nivelado.
Nuestra pasion era pura,
nuestra pasion era inmensa
y hallaba su recompensa
en nuestra mútua ternura.

A su padre declaró
Estrella que me queria...
su padre desde ese dia
Nápoles abandonó.
Fue mi pasion rechazada,
pues aunque honrado y leal,
era yo un pobre oficial
que vivia de mi espada;
ella era rica... era pues
muy absurda esta pasion;
no al ojo del corazon,
si al ojo del interés.
Su padre nos separó,
pero Estrella me escribia...
hasta un dia... ¡infausto dia!
en que supe que casó.
La casaron con tu padre
matando así mi esperanza,
y yo viví sin bonanza
y sin bonanza tu madre.
Murió de melancolía
¡y yo no pude morir!
hoy que no anhelo vivir
como lo anhelaba un dia;
tengo una fortuna fuerte,
he ascendido á general....
¡sarcasmo triste, glacial
con que me burla la suerte!
Victor y tú sois sus hijos:
¡Cómo no os he de querer!
Si sin faltar al deber,
á mis deberes prolijos,
venir hubiera podido
antes á España, yo acaso
os guiara paso á paso,
y no os hubierais perdido.

TERESA. ¡Yo señor!... Mi juventud (Ofendida.)
es de pureza dechado,
ella solo ha respirado
las auras de la virtud.
Le han enterado á usted mal.

SALVIATI. Yo jamás en duda puse
tu virtud, nunca supuse
en tí, instinto criminal.
Como un ángel del Eden
pura te creo; mas dí:
¿amas tú con frenesí?...
¿No me han enterado bien?

TERESA. Sentir una gran pasion
no es andar estraviada;
el estar enamorada
jamás ha sido un baldon.

SALVIATI. Mas concentrar la existencia
en un indigno mortal,
sentir un amor fatal,
ya desde la adolescencia;
que solo en sí se solaza,
que solo en sí se recoje,
que si el corazon lo acoge
la cabeza lo rechaza;
eso es malgastar la vida,
eso es el alma secarse,
eso es, con luz, estraviarse,
eso es caminar perdida.

TERESA. Del amor siente el afan
el hombre á quien dí mi fe;
cual le amo que me ama sé
Adrian.

SALVIATI. Te engaña Adrian;
te lo digo por tu bien.
Mata ese amor, hija mia,
tu madre.... tu madre un dia
supo matarlo tambien.
Y ella amaba á un hombre honrado,
tú amas á un hombre perdido:
tu remedio es el olvido,
tu desgracia haberle amado.

TERESA. Eso es un funesto error.
Adrian es mi sueño de oro,
me ama como yo le adoro,
es su amor como mi amor.

SALVIATI ¿Y te atreves á creer

en tu ceguedad bendita
que aroma una flor marchita
pueda en su cáliz tener?
Sal de tu funesto error,
por tu bien á ello te invito:
no existe en pecho marchito
el aroma del amor.
El que pasa su existencia
en la crápula y el juego,
el que vive sin sosiego,
sin la paz de la conciencia,
el que el espíritu enloda
del desórden en el cieno,
en la materia de lleno
hunde su existencia toda,
y amor no puede sentir
y ninguna pasion noble:
el que á los vicios se doble
á ellos ha de sucumbir
matando su juventud
en profundo precipicio;
no vive amor en el vicio,
vive amor en la virtud.

TERESA. A Adrian no puedo olvidar
porque yo quererle quiero;
sin cariño verdadero
no lo supiera pintar.
De un desconocido eden
sabe hablar al corazon;
si su amor fuera ficcion
lo conoceria bien.

SALVIATI. ¡Cuán equivocada estás!
escucha á un viejo sincero:
el amor que es verdadero
no es elocuente jamás.
La elocuencia hija es
de grande imaginacion
—no es hija del corazon—
y habla.... como el interés.
Amor sin habilidad
espresa su pensamiento,

y habla como el sentimiento,
balbucea la verdad.

TERESA. Mi corazon no delira
veráz creyendo á mi amante;
conociera en su semblante
la sombra de la mentira.

SALVIATI. ¡Que la razon no te venza!
El interés es faláz....
adopta cualquier disfráz
y oculta su desvergüenza.
Adrian...

TERESA. ¡No lo creo; no!
(Asustada de haber comprendido.)

SALVIATI. (Fuerza es que el cáliz agote.)
Adrian adora... tu dote;
por ella te enamoró.

TERESA. Es un falso testimonio
á su pasion levantado;
él se casa enamorado.

SALVIATI. Espera en el matrimonio...

TERESA. ¡Oh si eso fuera verdad
le odiaria, le odiaria!
de un cielo de luz caeria
á profunda oscuridad.

SALVIATI. Pues que nada te convence
prefiero en tu situacion,
matar hoy tu corazon
á que luego se avergüence.
Lee esta carta. (Saca una carta Salviati.)

TERESA. ¡A ver... á ver!...

SALVIATI. ¡Si tienes valor!

TERESA. Soy fuerte:
aunque leyera mi muerte (Se la dá.)
yo la querria leer.
(Leyendo.)

«Estoy sin fondos, pero cuando me case con Teresa Gomez del Rio, que es una rica heredera, podré satisfacer mis deudas. No esperará usted mucho, pues pronto efectuaré un enlace en el que cifro mi felicidad, porque me hará liquidar con usted y gozar de las dulzuras de la vida."

(Representando.)
¡Su letra!...—¡Adrian infame!
¡su firma!...—¡mintió el villano!
¡antes cortarme la mano
que suya mi mano llame!
Cuando venga—que vendrá
al instante—le hablaré
y al rostro le arrojaré
esta carta y temblará.
Yo sabré romper los lazos
de esta maldita pasion,
aunque deje el corazon
ya para siempre á pedazos.

SALVIATI. He logrado averiguar
la verdad... pues yo sabia
que jugaba y que debia,
y me he podido quedar
sus deudas... yo le he incitado
á pagarme... imaginaba
que por interés te amaba...
Ya ves lo que ha contestado.

TERESA. ¡Infame!

SALVIATI. Ya conocido
le tienes... haz tus deberes,
pórtate como quien eres...
piensa de quién has nacido! (Vase Salviati.)

ESCENA VII.

TERESA.

¡Me ha engañado... y aun le adoro!
¡Adios! ¡adios mi esperanza!
ya la vida sin bonanza
quedó para mí y... lloro!
¡Ah no merece el impío
que llore por él!... mi pena
oculte mi faz serena...
Que venga... que hasta me rio...

ESCENA VIII.

TERESA.—ADRIAN.

ADRIAN. ¿No has descansado, Teresa?
TERESA. Todavía no he dormido.
ADRIAN. ¿No?...
TERESA. No; aquí me he entretenido
(Señalando la carta que conserva en la mano.)
viendo esto... que me interesa.
ADRIAN. ¿Una carta?... (¡Estoy en vilo!
¡Parece la mia!...) A ver.
TERESA. Te va mucho á complacer (Con marcada ironía.)
la sencilléz del estilo.
ADRIAN. Dame pues.
TERESA. ¡No te impacientes!
¡Si yo quiero que la leas!... (Siempre con ironía.)
¡Verás que hermosas ideas!
¡qué ideas tan elocuentes!
¡Me vas á hacer el favor,
despues que la hayas leido,
de decir si has conocido
á su infame y vil autor!
Toma; lee. (Se la dá.)
ADRIAN. (Bien pensé....
(Al ver el sobre y antes de leer.)
he caido en el barranco....
¡Si no se puede ser franco
en este mundo!)
TERESA. Lee.
(Víctor va á salir y al ver á Adrian se detiene á escuchar á la puerta.)
ADRIAN. (¡Aquí mi serenidad!
Si Salviati se la dió!...)
TERESA. ¿Quién ha sido el autor?
ADRIAN. Yo;
yo no niego la verdad.
TERESA. ¡Es mucha desfachatéz!
¡No lo niegas!

ADRIAN. No lo niego;
pero que me oigas te ruego
y despues serás mi juez.
Yo la he escrito; no tenia
con qué pagar al momento,
y he inventado.... ese cuento
para ganarme algun dia,
hacer fondos.... y que así
Salviati no me apremiara;
tú has creido; ¡cosa es clara!
que la verdad dije aquí.... (Por la carta.)
Que no es esta la verdad
sabes.... usé esta licencia....

(Víctor va á salir y al ver á Teresa hablando con Adrian se detiene en la puerta del foro.)

TERESA. ¡Oh tienes grande impudencia
(Interrumpiéndole y estallando.)
y grande serenidad!
Solo me causas enojos....
Terminemos la contienda....
¡Gracias á Dios! ya la venda
ha caido de mis ojos.
Mientras en tu amor creí
no pude dejar de amarte....
ahora puedes marcharte;
estás ya de sobra aquí.
Aunque tan infame has sido
que en mi alma pura y sencilla
has sembrado la semilla
de un amor, que no has sentido;
y tres años de esta suerte
me engañaste con vil modo,...
yo te lo perdono todo;
pero que no vuelva á verte.

ADRIAN. Me iré, me iré ya en seguida....
Tú lo pasarás peor:
me quieres, y con tu amor
me apoderé de tu vida.
Hoy incomodada estás....
mañana, ya con mas calma,...
tu alma buscará á mi alma

y por mi amor llorarás.

TERESA. ¡Villano yo te creia,
mas no cínico... impudente!...
¿Creiste seguramente
que el corazon no varía?
Pues el mio ha variado:
al ver del tuyo la escoria,
te arroja de su memoria
de quererte avergonzado.—
De aquí ahora mismo saldrás.

ADRIAN. Bien.—(La cólera la abrasa.)
Ya me marcho.

TERESA. En esta casa
que no te vea yo mas.

ESCENA IX.

Dichos.—VICTOR.

(Al tiempo de salir Adrian entra Víctor y le dice)

VICTOR. Y yo lo mismo te digo.
Mi juventud maleaste,
de la virtud me apartaste;
no quiero ya ser tu amigo.
Ya sin tu amistad me quedo
porque mucho me ha amargado;
he resuelto ser honrado:
ser ya tu amigo no puedo.

ADRIAN. ¿Has acabado? (Con calma.)

VICTOR. Acabé.—

ADRIAN. Me despedis... es verdad,
mas de mi *fiel* amistad
recuerdos os dejaré (Con sarcasmo.)
Mi esperanza no se trunca,
lograste mi humillacion, (A Teresa.)
mas te mato el corazon...
¡Adios, Teresa, *hasta nunca!*
Reniegas tú ¡vive Dios! (A Víctor.)
de mi amistad ya perdida,

pues ella mata tu vida.
¡Víctor, para siempre adios!
(Dió mi carta el insensato
de Salviati y me perdió...
mi venganza provocó:
donde le vea lo mato.) (Vase Adrian.)

ESCENA X.

TERESA.—VICTOR.

TERESA. ¡Inicuo! ¡vil!
VICTOR. ¡Le maldigo...
fue mi tentacion constante!
TERESA. ¡Ese hombre ha sido mi amante!
VICTOR. ¡Ese hombre ha sido mi amigo!
(Pausa.)
Ese profeta villano
mi porvenir vá á acertar
yo no puedo respirar...
¡esta tós!...
TERESA. ¡Dios soberano! (Asustándose.)
VICTOR. Vive hasta la senectud
el que su existencia cuida;
yo gasté toda mi vida
en mi loca juventud.
TERESA. Tu vida en su fuego aun arde
y vivirás...
VICTOR. Pocos años.—
¡Buenos son los desengaños,
pero siempre llegan tarde!
TERESA. ¡Es verdad!... eso es muy cierto:
de amar me he desengañado
¿y cuándo? cuando he quedado
con el corazon ya muerto.
VICTOR. Yo me alejo del placer
¿y cuándo? cuando mi vida
es llama casi estinguida
y próxima á fenecer.
TERESA. No lo creas, Víctor, no.

VICTOR. Sí; yo no puedo vivir!
TERESA. ¿Y por qué no?
VICTOR. He de morir;
el vicio me asesinó.
(Dentro con alegría.)
D. CARL. ¿Dónde están? ¿en dónde están?

ESCENA XI.

TERESA.—VICTOR.—*Despues* D. CARLOS.

TERESA Y VICTOR. ¡¡Papá!!
TERESA. Victor, que no sepa
nuestro lamentable estado!
VICTOR. Le ocultaré mi violenta
situacion si me es posible.
TERESA. Ya está aquí! (Sale D. Carlos.)
D. CARL. ¡Víctor! ¡Teresa!
¡Ya sois ricos! ¡ya sois ricos!
(Contraste marcado entre la alegría del padre y el dolor de los hijos.)
nadareis en la opulencia.
TERESA. Somos ricos?
D. CARL. Millonarios.
Me ha enriquecido esta empresa.
Salviati me la propuso.
VICTOR Y TERESA. ¡Salviati!
D. CARL. Mi providencia,
y la suya.... que tambien
adquiere fortuna inmensa.
En la calle le encontré,
comunicóme esta nueva...
que él hizo esta operacion
con las suyas y mis rentas.
Es tan grande mi alegría
que no puede estar secreta
y vine á participárosla,
pues bien merece que venga.
Vamos á ser dichosísimos
la felicidad es nuestra;

que el oro es el rey del mundo,
el único que hoy gobierna;
hoy el que tiene fortuna
todo lo tiene con ella.

VICTOR. (¡Pobre padre!)

TERESA. (¡Pobre padre!)

D. CARL. Hijos mios; ¿no os alegra
esta noticia?

TERESA. Muchísimo!

VICTOR. Sí; papá.

D. CARL. Pues, hijos, ea!
Tened caprichos, cumplidlos...
para eso es nuestra riqueza.
Ya no os diré que gastais,
derrochad... si esto os alegra:
soy el padre mas dichoso
que existe sobre la tierra,
porque ya de mi trabajo
alcanzo la recompensa.

TERESA. (¡Pobre padre!)

VICTOR. (Pobre padre!)

D. CARL. Tenemos la panacea
que cura todos los males
que se sufren en la tierra;
el elixir de la vida,
de nuestro siglo el *Eureka*,
y la palanca de Arquimedes
que ha logrado en nuestra época
mover el mundo. Venid
á mi habitacion y en ella
para que ya celebreis
nuestra lograda opulencia
dinero os daré... dinero
que gastareis con largueza.

TERESA. ¡Qué bueno eres, papá!

VICTOR. ¡Grande cariño nos muestras!

D. CARL. Para vosotros es todo.
Por ti Victor y Teresa
por ti, trabajó hasta hallar
la fortuna que hoy encuentra
un padre que por sus hijos

Dios hizo se enriqueciera.
Vamos... venid ya conmigo
mi seductora pareja.

TERESA. Vámonos pues.

VICTOR. Vamos.

D. CARL. Vamos.

VICTOR. (¡Maldito el dinero sea!)

(Victor va á marcharse con Teresa y con su padre, cuando Salviati le dá en el hombro y le detiene.)

ESCENA XII.

SALVIATI.—VICTOR.

SALVIATI. Victor!

VICTOR. ¡Salviati! Mi padre
se regocija, se alegra,
pues debe á usted su fortuna,
la dicha... segun él piensa;
mas su alegría me daña,
pues como burla sangrienta
riqueza nos dá la suerte
cuando no nos aprovecha.

SALVIATI. El oro no es la ventura:
con buena fe... pero ciega,
equivocado tu padre
os dotara de riqueza,
pero no de direccion;
si os ha buscado opulencia
os avocó al infortunio...

VICTOR. Que nunca, que nunca sepa
que es incapáz todo el oro,
todo el oro de la tierra
de ir á enjugar una lágrima,
la lágrima mas pequeña.

SALVIATI. Dices bien, Victor.—Hoy mismo
tu casa y tu patria dejas,
mi compañero de viage
serás, quiero yo que veas
las montañas de Suiza...

VICTOR. Sí; con alegría inmensa
quiero cambiar de vida,
de aire, de clima, de tierra,
y si me fuera posible
cambiar de naturaleza.
Estoy tan débil!...

SALVIATI. Por eso
la oportunidad es esta:
la salud recobrarás
andando lejanas tierras.—
Tengo que hablar con tu padre.
¿Está?

VICTOR. Sí; allí.

(Señalando el gabinete de D. Carlos y disponiéndose á acompañar á Salviati.)

SALVIATI. Tú no vengas.
Deseo hablarle en secreto.

VICTOR. Está dentro con Teresa.

SALVIATI. No importa; la haré salir. —
Victor, tu equipage arregla.

ESCENA XIII.

VICTOR.—*Al momento* TERESA.

VICTOR. Esto será de mi agrado,
lejos... lejos ausentarme...
yo necesito marcharme
muy lejos de mi pasado.
Si liberto de la muerte
mi existencia, volveré...
entonces quizás podré
torcer el rumbo á mi suerte. (Sale Teresa.)
Teresa, la corte dejo.

TERESA. ¿Victor, adónde te vas?

VICTOR. A Suiza.

TERESA. Y me dejarás?

VICTOR. Es de Salviati consejo.
Acaso viva yo así;
él á ir me compromete

y quiero ir.

TERESA. Vete, vete... (Con precipitacion.)
quiero que vivas sí, sí!

VICTOR. Veré paises distintos,
con él voy á viajar;
quiero, Teresa, cambiar
como pueda hasta de instintos.
Y cobraré la salud
ó moriré de una vez;
quiero ver si la vejez
mato de mi juventud.

TERESA. La salud recobrarás
y... bendeciré ese dia.

VICTOR. ¡Abrázame hermana mia
(Con cariñoso sentimiento.)
por si no me abrazas mas!
(Quedan abrazados formando grupo y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de descanso de un baile en casa el conde del Salto.

ESCENA PRIMERA.

ADRIAN.—EL CONDE DEL SALTO.

(Sentados siguiendo la conversacion.)

ADRIAN. Veo que ese corazon
está, Conde, muy enfermo
y mal de amores se llama
su enfermedad.—Soy buen médico.—
CONDE. Encuentre usted medicina
que me cure.
ADRIAN. No la encuentro.
CONDE. Ni yo; estoy enamorado,
enamorado en estremo
de una muger insensible
que es de hermosura portento;
todos la aman y ella á nadie
corresponde, ni un ligero
favor otorga á ninguno,
por nadie siente el secreto

afan del amor, por nadie
siente el mas mínimo afecto;
es una deidad de roca,
es una Vénus de acero...
Se murmura que su amante
usted fue...

ADRIAN. Sí... en otro tiempo.

CONDE. Y ahora?

ADRIAN. Ahora ya no,
nada en el mundo es eterno:
además que yo por ella
no tuve un amor sincero.
Yo festejaba su dote,
—dote soberbia por cierto—
hasta con idolatría,
que yo idolatro el dinero...
y del amor me serví
así... como de un anzuelo...

CONDE. ¿Pero usted riñó con ella
y para siempre riñeron?

ADRIAN. No; ella riñó conmigo,
yo nunca lo hubiera hecho.

CONDE. Es igual; pero es estraño!

ADRIAN. Pues yo natural lo creo.—
De mí estaba enamorada,
vino un maldecido viejo,
—que tomó á mis acreedores
mis deudas con el objeto
que usted sabrá—me escribió
que le pagase al momento;
yo, no tenia con qué,
él me apremiaba, yo necio
fui franco... le contesté
que dentro de poco tiempo
contraeria matrimonio
—segun era mi proyecto—
con una rica heredera,
y saldaria mis créditos
con el caudal que aportara
al séptimo sacramento
y... caí en mis propias redes.

Yo no sabia el afecto
con que á Teresa miraba
Salviati... porque á saberlo
jamás hubiera yo escrito
tal epístola... ese viejo
enseñó mi carta auténtica
á Teresa, y el efecto
que hiciera en su alma sencilla
tal desengaño, lo dejo
á la comprension de usted:
cayó la pobre del cielo
de su ilusion al abismo
de la verdad... desde luego
rompió nuestras relaciones
cargándome de dicterios
infamatorios y haciéndome
tomar las de Villadiego.—
Donde yo encuentre á Salviati
—yo soy tirador muy diestro—
lo desafío y lo mato;
por él hoy así me veo.

CONDE. Entonces porque es de mármol,
Teresa, ahora comprendo:
en su pasion desgraciada
ha agotado todo el fuego
de su alma y la ha dejado
insensible al sentimiento.

ADRIAN. Sí; Conde.—No busque usted
amor en su pecho yerto;
ella no busca pasiones,
ella busca aturdimiento.
Ese tren con que deslumbra,
esos trages opulentos,
esas galas preciosísimas,
ese continuo trasiego
de su vida, siempre en bailes,
en teatros y hasta en templos,
esos continuos viages,
ese cambiar de objetos,
todo eso en fin significa
fastidio, *spleen*, desaliento.

CONDE. Adrian... y ¡usted es la causa!
ADRIAN. Y he tocado sus efectos.
Sin ese viejo Salviati
hoy yo seria opulento,
y así estoy arruinado,
arruinado sin remedio.
Hoy no tengo ya mas blanca
que la camisa... fui lerdo
y lo pago.... bien me está....
y ya no es ningun misterio
(El conde se distrae y queda pensativo.)
que por hallarme sin rentas
senté plaza de cajero
en casa mi amigo Souza,
esto no es para mi génio,
me gusta poco el trabajo....
el trabajar no es higiénico.—
¿Pero, conde, usted no me oye?
¡Se ha quedado usted tan sério
y tan pensativo.... ea!....
lo dicho: está usted enfermo.
CONDE. Sí, sí; el amor de Teresa
es mi único pensamiento,
esta pasion me domina
y anonadarla no puedo.
ADRIAN. Me marcho mañana á Francia;
si sigue usted mi consejo
imitarme debe usted;
lo digo como lo siento.
CONDE. Imposible!... yo no parto.
ADRIAN. ¿Se queda usted?
CONDE. Sí, me quedo.
ADRIAN. Obre usted como le plazca....
ausentarse fuera cuerdo.
CONDE. Vivir no puedo sin verla,
y aunque esperanza no tengo,
me consuelo con mirarla,
con hablarla....
ADRIAN. ¡Buen provecho!—
usted que tiene ilusiones
gócelas por mucho tiempo....

yo.... con permiso de usted,
me voy á mi vicio.... al juego.—

CONDE. Hasta despues.

ADRIAN. (¡Pobre jóven!
¡Está en la edad de los necios!)

ESCENA II.

EL CONDE, *al momento* SALVIATI *y* VICTOR.

CONDE. ¡Habrá querido Teresa
á Adrian! apenas creo
que pudiera amar á un hombre
tan vicioso, tan abyecto....
¿Quien sabe?...—¡Salviati y Victor!
(Al verles venir.)
yo les creia muy lejos,
yo les creia en Suiza....
ignoro cuándo volvieron.
(Salen Salviati y Victor.)

VICTOR. ¡Conde!

CONDE. ¡Victor!—¡Bien venidos!
(Se abrazan y se saludan.)

SALVIATI. ¡Mil gracias!

CONDE. ¡Señor D. Pedro!...
(Dándole la mano.)

SALVIATI. La libertad nos tomamos
de venir, aunque no hemos
recibido invitacion,
y si no somos molestos....

CONDE. Ustedes jamás; muchísimo
de verles aquí me alegro.
No se les ha convidado,
como otras veces se ha hecho,
porque ni mamá ni yo
sabíamos su regreso.
Creimos que aun viajando....

SALVIATI. Nadie sabe que hemos vuelto.

VICTOR. Hace muy poco llegamos
y dar sorpresa queremos.

Nos dijo Blas que papá
y Teresa aquí vinieron.

SALVIATI. ¿Están en el baile?

CONDE. Sí;
en los salones de dentro.
Don Carlos juega al tresillo,
Teresa está, segun creo,
con mi mamá.

VICTOR. Si quisieras
traerla.... (Al conde.)

CONDE. Voy al momento.

VICTOR. Quisiera un instante hablarla,
quisiera verla en secreto....
Delante de mucha gente....

CONDE. Sí.... ya comprendo.— Hasta luego.

ESCENA III.

SALVIATI.—VICTOR.

VICTOR. ¡Gracias á Dios, que en mi patria,
que en mi España ya me encuentro!

SALVIATI. Y escapado de la muerte.

VICTOR. Tanto á decir no me atrevo.

SALVIATI. Sí, Victor, que ya no gimes
en las cadenas de hierro
que esclavizándote estaban:
saliste del cautiverio.

VICTOR. Felizmente de ellas libre
estoy y á usted se lo debo...
á usted ¡mi segundo padre!
no sé cómo agredecérselo...
Mi gratitud...

SALVIATI. No la exijo:
no mas mi deber he hecho;
si de este modo no obrara
tendria remordimiento:
creyera que de tu madre,
desde la mansion del cielo,
—si yo impasible os mirara

correr al abismo horrendo
de la perdicion—pudiera
reconvenirme el acento,
de vengativo acusándome
y de bajos sentimientos:
yo jamás, jamás olvido
lo que á mí mismo me debo;
pues nací, Victor, amante
y cristiano y caballero.

ESCENA IV.

EL CONDE.—TERESA.—SALVIATI.—VICTOR.

(Teresa viene apoyada en el brazo del Conde y apresuradamente; al llegar á la escena se suelta.—El Conde le dice desde la puerta del foro:)

CONDE. ¡Mirele usted!
TERESA. ¡Victor! ¡Victor!
VICTOR. ¡Teresa mia! (Se abrazan.)
TERESA. ¡D. Pedro! (Saludo cariñoso.)
¡Bien llegados! ¡bien venidos!
¡Gracias á Dios que les veo!
SALVIATI. Regresar ya deseaba
yo tambien.
VICTOR. (A Teresa.) ¿El papá bueno?
(Los hermanos hablan entre sí.)
TERESA. (A Victor.) Está bueno y en el baile.
SALVIATI. (Al Conde.) ¿Viene usted, Conde?
CONDE. Sí.
SALVIATI. Os dejo
que á la efusion del cariño (A Victor y á Teresa.)
os entregueis en secreto.
CONDE. (A Salviati.) Apóyese usted, Salviati,
y en los salones entremos.
SALVIATI. Gracias.—Acepto el apoyo.—
(Se coge del brazo que le ha ofrecido el Conde.)
¡Adios!
VICTOR. ¡Adios!
TERESA. Hasta luego.

ESCENA V.

TERESA.—VICTOR.

TERESA. Por fin lograste evitar
el peligro de la muerte
y regresar sano y fuerte
al caro... al paterno hogar.

VICTOR. Así, Teresa, lo creo
ese peligro evité;
mas si con vida quedé
vivo como no deseo.

TERESA. Habla, Victor, no concibo
qué dices con claridad.

VICTOR. ¿Quieres saber la verdad?
Pues bien vejeto, no vivo.
Aunque la tos me ha dejado
y el pecho se fortalece,
hoy mi físico parece
el de un enfermo curado.
Baños, viages, juventud
dan á mi naturaleza,
una falsa fortaleza,
una engañosa salud.
Bueno estoy cuando vejeto,
bueno cuando no me agito;
pero yo que necesito
en mi edad vivir inquieto,
la inquietud me dá pesares.
Nada puedo!!! mi doctor
me ha prohibido el licor
y probar muchos manjares.
Me daña el caliente estío,
me daña el helado invierno,
todo me daña!! es eterno
este sufrimiento mio.
Esta vida—que no encanta—
si he de alargar ¡no hay remedio!
me ha de consumir de tedio

vejetando como planta,
y sin tener emociones
del sentimiento muy lejos...
viviendo como los viejos
en la edad de las pasiones.

TERESA. (¡Pobre Víctor!)

VICTOR. Ya escuchaste
mi vida.... ¿Tú eres dichosa?
¿Tu vida no es azarosa
cual la mia?

TERESA. ¡Te engañaste!—
Yo pude muy bien truncar
el yugo de mi pasion;
mas á mi fiel corazon
no pude hacerle olvidar.
Quise sentir con calor
otra pasion, yo queria
ver si este amor estinguia
con el fuego de otro amor.
Y al gran mundo me lancé
y mi opulencia lucí,
y á donde quiera que fui
con mi fausto deslumbré.
Y vi cien hombres rendidos,
y vi cien hombres amantes;
esclavos mios constantes
al carro del triunfo uncidos:
mas no les pude querer
y les quise engañar....
no sabiendo adivinar
el alma de esta muger,
juzgando la risa loca
en que mi tédio se oculta,
me dice.... *esa turba multa* (Con desprecio.)
que soy mármol, que soy roca.
Esos hombres no están cuerdos
y no ven en lontananza:
ellos piden esperanza,
yo no doy mas que recuerdos.
Al *spleen* mi alma sumisa,
no ven que con él yo lidio,

sin mas pasion que el fastidio
que aturdo yo con mi risa.
No ven que el alma sensible
que en este pecho se esconde,
busca el camino por donde
halle otro amor.... imposible.
¡Y á este imposible, afligida,
no ven que aun así no cede:
que querer quiere y no puede,
quiere olvidar y no olvida!

VICTOR. (¡Pobre Teresa!)

TERESA. Ya ves
si yo soy desventurada:
vida á vida comparada
no sé que vida peor es.

VICTOR. ¡Fuera negras reflexiones!...
vamos al baile.... bailemos
y nuestro *spleen* embotemos....
ven conmigo á los salones.

TERESA. Vamos; te acompañaré.

VICTOR. Quiero abrazar á papá.

TERESA. Sí, Victor.... vamos allá.

VICTOR. Sí; á verle.

TERESA. Te guiaré.

(Vanse cojidos del brazo por el foro.)

ESCENA VI.

SALVIATI.—D. CARLOS.

(Salen por la izquierda.)

D. CARL. Tampoco está aquí.

SALVIATI. Pues yo
con Teresa le vi antes
aquí.... ha pocos instantes....

D. CARL. Sin duda al salon entró.—
¡Salviati!... solo por ti
pudo la muerte evitar,
yo no sé cómo pagar

el favor que te debí;
Yo que todo lo ignoraba!...
Yo felices los creia
y.... mi Victor se moria,
mi Teresa se mataba
el corazon!... No hay disculpa
que mi proceder abone....
¡Ojalá Dios me perdone
pues mia es toda la culpa.—
Con cariño y buena fe
á sí mismos entregados
y á su suerte abandonados
desde la infancia dejé.
Con libertad han crecido,
libres les quise educar;
quise un estremo evitar
y en otro estremo he caido.
Los dejè sin direccion
y á su arbitrio ellos viviendo....
¡Tarde; que tarde comprendo
del padre la alta mision!
En mis pesares prolijos
comprendo, aunque no me cuadre,
que el que no sabe ser padre
no debia tener hijos.
Yo los amé sin amarlos,
mi querer no fue querer;
yo padre no supe ser
pues no he sabido educarlos.
¡No supe, no!

SALVIATI. Tú pensaste
como la comun locura,
que es el oro la ventura
y en él pensando olvidaste
que es del padre la mision
dirigír con insistencia
del hijo la inteligencia
y tambien el corazon.
Juventud no dirigida,
como nave sin piloto,
se estrella por rumbo ignoto

en las rocas de la vida.
Ten valor para sufrir
pues tu mision has errado.

D. CARL. ¡No hay remedio!

SALVIATI. Lo pasado
no se puede corregir.

D. CARL. Sin ti, sin ti; lo sé bien
aunque á creerlo no acierto;
ya Victor hubiera muerto,
Teresa acaso tambien
unida á un hombre ruin...
viniste á tiempo; lo sé.

SALVIATI. No, Carlos, tarde llegué,
tarde... pero llegué en fin.
Tarde; porque Victor ya
habia en su juventud
destruido su salud
y achacoso vivirá.
Tarde... Teresa obcecada
habia con su pasion
destruido el corazon
y vivirá desolada.

D. CARL. Este es el remordimiento
que ahora sin cesar me asalta;
el que comete una falta
siempre lleva su escarmiento.—

SALVIATI. Adrian!... (Viéndole venir.)

D. CARL. Adrian aqui?—
Vámonos porque me inspira
ese hombre furiosa ira.

SALVIATI. Corage me inspira á mí.

(Van á salir por la puerta del foro. Adrian viene por la de la derecha, y al ver á Salviati le llama, segun indica el diálogo.)

ESCENA VII.

SALVIATI. — ADRIAN.

ADRIAN. (Salviati! — ¡Por fin le veo!)
(Le llama.)
¡Salviati! — (Este es mi hombre.)
SALVIATI. Oí pronunciar mi nombre...
(Volviendo á la escena.)
usted...
ADRIAN. Hablarle deseo.
SALVIATI. Hable usted y sea breve.
ADRIAN. Seré... muy poco he de hablar.—
Yo acostumbro á reclamar
todo lo que se me debe...
como usted. Nadie coharta
mi voluntad; olvidar
yo no sé, y á reclamar
vengo de usted... una carta.
Es carta que me interesa.
Una que yo le escribí.
SALVIATI. ¡Y usted la reclama!
ADRIAN. Sí.
SALVIATI. Que se la dé á usted Teresa.
A ella se la entregué,
porque mucho le importaba
saber que se la engañaba;
así la desengañé.
ADRIAN. ¿Conque usted ha publicado
de nuestra correspondencia
la secreta inteligencia
que entre los dos ha mediado?
¿Usted quien en los aprietos
me ha puesto en que yo me he visto?
¿conque es usted ¡vive Cristo!
quien divulga mis secretos?
¿Usted, quien rompe el enlace
que era mi ilusion mejor?
¿Usted, quien trunca mi amor
con un precóz desenlace?

Yo no sufro humillacion,
de nadie yo sufro afrentas;
y yo le pido á usted cuentas.
Exijo satisfaccion.

SALVIATI. ¿Queria usted que impasible
á una muger obcecada,
inocente, enamorada
con pasion irresistible,
dejara, con egoismo,
que con sus falsos amores
por una senda de flores
llevara usted al abismo?
Yo que tengo corazon
y valor que nada doma,
nunca dejo á la paloma
en las garras del halcon.
Yo he robado á la maldad
su ya señalada presa:
yo he descubierto á Teresa
toda la amarga verdad.
Quien una infamia descubre
muestra noble proceder;
villano tiene de ser
el que cómplice la encubre.
(Con profunda intencion.)
Y el que no huella jamás
mas que el borde del abismo,
si cae... cúlpese á sí mismo
y no culpe á los demás.
Esta es mi satisfaccion.

ADRIAN. No estrañe que la rechace,
porque no me satisface
romántica esplicacion. (Con burla.)

SALVIATI. ¡Jóven!

ADRIAN. Estoy empeñado.
Para salvar al amor
se ofrece usted redentor;
saldrá usted crucificado.
Aunque con deseos buenos
que reconozco que tiene:
¿con qué derecho interviene

en los negocios agenos?
¿Con qué derecho usté impide
amores mútuos y viejos?
¿Quién le hace á usted dar consejos
á la que no se los pide?

SALVIATI. La humanidad lo aconseja,
la religion lo encarece:
si junto al bien el mal crece,
que crezca el bueno no deja.

ADRIAN. Y el malo, que ve en el suelo
su porvenír derribar;
de usted se quiere vengar: (Con ira.)
le provoca á usted á duelo.

SALVIATI. Yo no acepto. (Con calma.)

ADRIAN. ¡Por la luz!... (Furioso.)
¡eso es miedo! ¡eso es pavor!

SALVIATI. Responden de mi valor
(Señalando las que lleva al pecho.)
esta placa y esta cruz.
El duelo... ¡farsa gentil!
el duelo verificado,
ni yo fuera mas honrado,
ni usted fuera menos vil.

ADRIAN. Este insulto tan grosero
impune no ha de quedar:
y usted tiene que aceptar,
porque es usted caballero.

SALVIATI. Yo no acepto; no. (Con entereza.)

ADRIAN. ¿Por qué?

SALVIATI. Porque yo debo velar
y de dos vidas cuidar;
por eso no aceptaré.
Teresa y Victor...

ADRIAN. ¡Ya son
mayores!... y no comprendo (Con burla.)
ese cariño... estupendo!... (Con mofa.)
esa casi... adoracion
con que usted á entrambos mira
y estraños le deben ser.

SALVIATI. No puede usted comprender
el motivo que me inspira.

Tengo una razon tan alta
que no es fácil comprenderla:
preciso es para entenderla
tener... lo que á usted le falta.—
Hay una voz que desvela,
que viene de alta region,
que dice á mi corazon
«Por ellos, por ellos vela."
Hay un secreto motivo
que mi corazon abriga;
es un recuerdo que liga
un amor muerto á otro vivo.

ADRIAN. Ese amor voy entendiendo
ya.... de D. Carlos la esposa
era de usted.... otra cosa; (Con cinismo.)
el velo voy descorriendo.

SALVIATI. ¡Villano! (Con indignacion.)

ADRIAN. Sé de acertijos
y me ocupo en descifrarlos:
¿Quién le dijera á D. Carlos
(Con provocador descaro.)
tus hijos no son tus hijos!

SALVIATI. ¡Miserable maldiciente (Estallando.)
que haces que la honra peligre!
Tus entrañas son de tigre
y tu hálito de serpiente!
Pues tus insultos son ciertos
te castigaré en seguida:
no debe quedar con vida
quien roba la honra á los muertos!—
Acepto.

ADRIAN. ¡Ya lo he logrado! (Con estraña alegría.)
Acepte usted sin reproche:
que sea esta misma noche,
tengo el billete tomado
y salgo al amanecer....
cierto asunto de Madrid
me obliga á marchar. La lid
tiene esta noche de ser.
Que yo el desafío anhelo.
En sitio no muy distante....

ESCENA VIII.

Dichos, El Conde del Salto.

Conde. Señores, alto un instante:
es imposible ese duelo.
Adrian. ¡Qué dice usted!
Salviati. ¡Imposible!
Adrian. Está usted en un error.
Conde. Que quiera con el señor (Por Adrian.)
batirse usted, no es creible. (A Salviati.)
Salviati. Sí que quiero.
Conde. No, yo sé
que solo se ha de batir
con el que pueda lucir
honra como la de usté.
Salviati. Conde, el señor!... (Por Adrian.)
Adrian. Soy honrado
y siempre, siempre lo he sido.
Conde. No; usted su honra ha perdido.
Adrian. Yo!!
Conde. Porque usted me ha estafado!
Adrian. (¡Me han descubierto, valor!)
Rugiendo estoy de corage
al escuchar ese ultrage
con que usted mancha mi honor.
Conde. No es, Salviati, una impostura:
óigame á mí, no á ese iluso,
y verá usted que yo acuso
con razon, no á la ventura.
Dias atrás le entregué
para invertir en acciones
un número de cupones...
Salviati. ¿En acciones?
Conde. Sí.
Salviati. ¿De qué?
Conde. De una línea férrea nueva,
linea norte-americana
que en la última semana

su solicitud eleva
al gobierno establecido,
que el gobierno no ha aprobado
y sin efecto ha quedado
porque no se ha concedido.
Los fondos que dí á Adrian
dice que allí los ha impuesto.

ADRIAN. Conde es exacto.

CONDE. ¿No es esto? (Con ironía.)

ADRIAN. Sí.

CONDE. Allí mis fondos están. (Id.)
Lea usted este papel: (Sacando una carta.)
¡muérase usted de vergüenza!

ADRIAN. (Con toda mi desvergüenza (Al ver la carta.)
veo que el trance es cruel.)

CONDE. Ahí la estafa se confirma. (A Salviati.)

ADRIAN. Bien puede no ser verdad.
(El Conde dá la carta á Salviati.)

CONDE. De esa falsa sociedad
el presidente es quien firma.

SALVIATI. Serán datos positivos... (Reconociendo la carta.)
Sí... deben ser datos ciertos:
quien roba la honra á los muertos
robará el oro á los vivos.

ADRIAN. ¡Que murmure la malicia!
Se me calumnia... no importa!
á la larga ó á la corta
el tiempo me hará justicia: (Al marcharse.)
Cuando logre sincerarme,... (A Salviati.)
el desafio pactado.

SALVIATI. Cuando seas tan honrado (Con desprecio.)
como yo... ven á buscarme.

CONDE. Entonces volver podrá
á frecuentar esta casa;
pero de su umbral no pasa
el que mancillado está.

ADRIAN. Yo volveré redimido...
(las espaldas al pais.
París es grande... á París...
Aquí ya me han conocido.) (Vase.)

ESCENA ULTIMA.

SALVIATI.—EL CONDE.—TERESA.—VICTOR.—D. CARLOS.

D. CARL. Adrian...
CONDE. Ya le despedí.
VICTOR. ¿Te ha estafado!
CONDE. Me ha estafado.
TERESA. ¡Y yo que tanto le he amado!
¡Qué tarde le conocí!
(Forman dos grupos, uno Teresa y el Conde, otro las restantes figuras en segundo término.)
CONDE. Le perdono, aunque haga mal,
solo á usted, Teresa, debe
Adrian... que yo no lo lleve
delante de un tribunal.
TERESA. Yo le agradezco en el alma
su noble resolucion.
CONDE. No gratitud, no; pasion
busca el que vive sin calma.
TERESA. Agradecer... algo es ya;
y la que cual yo ha sufrido
necesita del olvido
para pasar mas allá.
CONDE. El olvido es la bonanza:
¡pero qué dulce me fuera
que su gratitud viniera
envuelta en una esperanza!
TERESA. Pues Conde... resignacion...
Conde... tenga usted paciencia...
Es muy larga la existencia
y variable el corazon. (Con intencion)
CONDE. Mas si llego á confiar
y no se cumple mi anhelo...
TERESA. Siempre dá un bálsamo el cielo
al que en él sabe esperar.
D. CARL. ¡Que mi hija alcance ventura!
¡que logre la paz del alma!
SALVIATI. Viene en el mundo la calma

siempre tras la desventura.

D. CARL. A los dos os arrastré

(Por Teresa y Victor.—Se descomponen los dos grupos y queda uno solo formando cuadro.)

á ser infelices!

VICTOR. No.

D. CARL. Corregirme sabré yo;
sí... sí... yo me enmendaré.
Que me perdoneis os pido.

VICTOR. ¿Porque si no delinquiste?

TERESA. Tú que tanto nos quisiste...

D. CARL. Nunca es cariño el descuido.
Yo os dejé de las pasiones
en los senderos estrechos;
supe llenar mis derechos,
mas no mis obligaciones.
Apartarte, desde niño,
no supe de torpes lazos...

VICTOR. Ven, ven; recibe en mis brazos
no mi perdon, mi cariño.

(Se abrazan estrechamente.)

D. CARL. ¡Ah!! (Grito del corazon.)

SALVIATI. Ya abrazados los dos,
levanta, Carlos, la frente:
cuando el hombre se arrepiente
ya le ha perdonado Dios.

FIN DE LA NAVE SIN PILOTO.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 3 de Diciembre de 1860.—El Censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada **El Teatro**, son los esclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion de esta obra en todos los puntos, teniendo tambien á su cargo la venta de egemplares.